

CAPÍTULO QUINTO

Batallas. — Órdenes de batalla. — Definición. — Batallas antiguas. — Batalla de Maraton. — Epaminondas. — Batalla de Leuctres. — Orden oblicuo. — Batalla de Mantinea. — Filipo. — Alejandro el Grande. — Paso del Gránico. — Preceptos estratégicos de los romanos. — Su práctica. — Decadencia de las armas romanas. — Invasión de Atila. — El arte de la guerra bajo el feudalismo. — Los suizos. — Renacimiento del arte de la guerra. — Federico II. — Sus máximas. — Revolución francesa. — Batallas de Valmy y de Jemmapes. — Batalla de Maubeuge. — Napoleon. — Batalla de Austerlitz. — Batalla de Wagram. — Batalla de Sadowa.

Se entiende por batalla la acción entre dos ejércitos que pugnan por destruirse, al ménos tácticamente; no es preciso, como opinan algunos militares, que el choque de los ejércitos sea general en todo su frente para que se llame batalla; la condición única es que la mayor parte de las tropas que forman el ejército entre en acción y obtenga venta-

jas táctico-estratégicas, ya sea por medio del combate, ó por hábiles maniobras.

Algunos otros escritores militares dicen que se requiere tambien como condicion esencial para dar á un combate el nombre de batalla, que los generales en jefe de los ejércitos beligerantes se hallen á su cabeza y dirijan personalmente la operacion. Tampoco esto se admite en la moderna nomenclatura militar, y la definicion mas generalmente aceptada es la que acabamos de dar.

Desde la mas remota antigüedad ha habido batallas, y las de los primeros tiempos han sido señaladas como las mas mortíferas, porque estando la ciencia de la guerra en pañales, por decirlo así, no se conocian reglas ni para hacer uso de las armas de la manera mas ventajosa, ni para aprovechar el terreno, ni siquiera para obtener ventajas por medio de tal ó cual formacion; los choques pertenecian á un orden que podemos llamar natural y equivale al simple orden paralelo. Las masas chocaban á un tiempo todas contra todas para atacarse al arma blanca, y de ahí resultaba que para obtener la victoria era preciso que un ejército destruyese físicamente á su contrario experimentando él mismo pérdidas enormes. Las mas veces los resultados eran incalificables, pues algunas partes de una línea destruian á las que les estaban opuestas, y otras de la misma eran á su vez destruidas por las contrarias. Generalmente los sacerdotes y los augures interve-

nian entónces; se dedicaban á restablecer el orden apelando á la grande influencia religiosa que ejercian sobre los pueblos, y los restos mutilados de ambos ejércitos se retiraban á sus respectivos campos dándose treguas por cierto tiempo para renovar mas tarde sus feroces contiendas.

Otras veces se producian ejemplos verdaderamente asombrosos. En la batalla de Maraton, cien mil persas á pié y diez mil á caballo á las órdenes de Datis invaden el territorio del Atica; los griegos, en número de once mil, al mando de Milciades, toman una buena posicion en unas alturas, pero al ver á aquellos desplegar y formar su línea de batalla, se electrizan, y bajando de su posicion, caen sobre el frente y los flancos de los persas al mismo tiempo; destrozan su ala derecha, y arrojan á la izquierda contra un pantano. Entretanto el centro griego retrocede y se desordena, pero los que habian batido á las alas vuelven á retaguardia, neutralizan la accion por lo pronto, y luego nada resiste á su ímpetu irresistible, salvando por fin á su centro, y obteniendo una espléndida victoria.

¿Podrian acaso en nuestros dias repetirse episodios de tal naturaleza?

La ciencia de la guerra comenzó á aparecer entre los griegos, como lo hemos dicho en la historia de la infantería; y el ilustre guerrero que primero la puso en práctica y que ideó el orden oblicuo fué Epaminondas en la batalla de Leuctres.

Este gran capitán mandaba á los tebanos, cuyas tropas eran ménos numerosas que las de los lacedemonios; pero obtuvo la victoria mas espléndida ideando y creando, como acabamos de decir, el órden oblicuo.

Queriendo llevar lo mas escogido de sus tropas, y en el mayor número posible, sobre el punto decisivo de la línea enemiga, desdobló la falange por su derecha y por su centro, reuniendo prontamente sobre la izquierda una masa profunda formada á cincuenta hombres de fondo. Repentinamente y por un simple movimiento de conversión, rehusa su ala derecha que habia quedado débil y carga con la izquierda; sorprendido el enemigo por semejante movimiento se desordena, no puede resistir al choque brusco de los tebanos, y trasmitiéndose el desórden al resto de las tropas espartanas, su derrota queda consumada.

En la batalla de Mantinea empleó el referido general el mismo sistema, pero atacando esta vez con la derecha y rehusando la izquierda, y aunque en esta batalla recibió un golpe mortal, tuvo la fortuna de ver sus armas coronadas por la victoria ántes de exhalar el último suspiro.

Filipo y su hijo Alejandro el Grande, siguiendo el mismo sistema en sus gloriosas campañas, obtuvieron brillantes resultados.

Pero el famoso paso del Gránico que ejecutó el segundo, fué verdaderamente un combate de caba-

llería en que es de admirar mas el valor del héroe que la habilidad del general.

Posteriormente á todos estos acontecimientos, la ciencia de la guerra siguió desarrollándose entre los griegos; sus batallas fueron el resultado de planes combinados, y estuvieron sujetas á reglas fijas.

Sabido es que los romanos, que aprendieron la guerra de los griegos, cooperaron eficazmente á su desarrollo, practicando en grande escala los sabios principios de la estrategia y dedicándose con tanto esmero al perfeccionamiento de sus tácticas de combate, que ya todas sus batallas pueden considerarse, relativamente á aquellos tiempos, como modelos de la ciencia de la guerra. Esto se vió, sobre todo, en la época de la república en que sobresalieron tan insignes capitanes, cuyos preceptos estratégicos seguimos hoy en su mayor parte.

Citaremos algunos de ellos, que han sido consignados en la historia por algunos escritores como Onosandez, Vejesio y el emperador Leon, no ocupándonos de las maniobras que tenían por objeto formar la cuña, la tenaza, la sierra, la cabeza de puerco, así como tampoco de los indicios que tenían en cuenta para calcular el resultado de una batalla, como el viento, el sol, la hora del dia, el polvo, etc. He aquí en que circunstancias aconsejaban se diese batalla al enemigo :

« Cuando el enemigo está fatigado por una larga marcha, cuando sus fuerzas se dividen despues del

paso de un río, cuando se ven comprometidas y embarazadas entre los pantanos, cuando llenas de fatiga se ocupan en subir altas y ásperas montañas, cuando se dispersan por el campo, y en fin, cuando creyéndose seguras en su campamento se entregan al sueño. »

En otro lugar consigna Vejesio las máximas que un general en jefe debe tener presentes al encontrarse con el enemigo :

« Un general prudente y circunspecto no emprenderá nada sino después de un maduro exámen; considerará el número del enemigo, la naturaleza de sus fuerzas y la situación de los lugares; reflexionará sobre todos los acontecimientos desagradables en los casos imprevistos, preparando de antemano el medio de remediarlos.

« Si el enemigo se sirve de lanzas, le atraerá á los lugares difíciles; si le considera inferior en caballería escogerá las planicies.

« En un día de combate se mostrará á las tropas con semblante tranquilo y sereno. No principiará la batalla sino después de haber reconocido el órden que observe el enemigo y descubierto todas sus disposiciones.

« Mientras que forma su ejército en batalla cubrirá todo su frente con tropas ligeras para ocultar al enemigo sus disposiciones, procurando caer sobre él ántes de que acabe de formar en batalla, y de este modo triunfará con poco trabajo.

« Se aprovechará de los bosques, de los arroyos, de las barrancas y de los valles para ocultar ahí una parte de sus tropas, que en un momento oportuno caerán inopinadamente sobre los flancos y la retaguardia del adversario.

« Colocará la caballería en las alas, y hará que la infantería, al marchar en batalla, arregle su paso por el de la cohorte del centro en donde debe ir el general.

« Desconfiará de los movimientos de retirada del enemigo, que frecuentemente son astucias para hacer caer en una emboscada.

« Si es vencido no desesperará, pero tampoco arriesgará nuevos combates hasta no dar á sus tropas el tiempo necesario para recobrar su valor y sangre fría; si los dioses le dan la victoria no debe detenerse ante esta máxima : *Vince sed ne nimis vincas* (1), porque esto equivaldría á prepararse reveses futuros; se aprovechará, por el contrario, de todas sus ventajas persiguiendo al enemigo hasta su ruina total. »

Por lo que acabamos de leer podemos formarnos ideas claras acerca del grado de adelanto á que los preceptos de la guerra habian llegado entre los romanos. Pero estudiando con cuidado la historia de sus famosas campañas, se observa que su sistema de guerra consistía en marchar en busca de su

(1) Vence, pero no venzas demasiado.

enemigo, y cuando le tenían cerca, establecían perfectamente su campo atrincherado, desde el cual estaban pendientes de las costumbres de aquel, estudiándolas incesantemente; reconocían sus elementos débiles y fuertes, y esperaban tranquilamente la oportunidad de que algunas de las faltas graves que cometiera les presentasen la ocasión, lo que tenía lugar casi siempre; entónces, sin vacilar, y con un ímpetu irresistible, caían sobre él hasta exterminarle.

Las memorables batallas dadas por Camilo, Sila, Mario, Pompeyo, César, Marco Antonio, Escipion y otros ilustres capitanes, nos ofrecen bellos ejemplos de lo que acabamos de referir.

Pero algun tiempo despues de la muerte de Julio César, cuando comenzó la decadencia del imperio romano, época en que las cohortes pretorianas quitaban y ponían emperadores segun su gusto, se comenzó á olvidar los preceptos de la guerra, se perdió la disciplina, se relajaron las sólidas costumbres militares, se abandonó por completo los ejercicios de cuerpo y las maniobras, y por fin, se perdió entre los romanos el amor á la gloria. En vano Trajano, vencedor de los Dacios y de los Partos, y Adriano, restaurador de la disciplina, y Sétimo Severo que venció á los bretones, habían procurado conservar las antiguas tradiciones, que se perdieron para siempre bajo Caracalá y sus sucesores. Los soldados que vendían el imperio no sabían defenderle,

se enervaron en las guarniciones de las ciudades en medio del lujo y de los placeres, llegando al extremo de abandonar las armas defensivas, cuyo peso ya no podían soportar. En aquellos terribles momentos de crisis fué cuando de Oriente y Occidente se arrojaron sobre el cadáver del imperio como hambrientos lobos, los godos, los escitas, los germanos, los vándalos, los visogodos y los francos. Aquellos bárbaros obtuvieron con facilidad muy buen éxito, tanto por el estado que como acabamos de ver, guardaban las tropas romanas, cuanto por el gran número de sus ejércitos, su ferocidad, su audacia y su valor.

Pero los que se establecieron en las Galias encontraron en aquel país algunos restos de la antigua táctica romana, y sabias costumbres militares que supieron aprovechar, y no falta quien asegure que empleando los galos y visogodos una antigua maniobra romana fué como lograron rechazar completamente la invasión de los hunos al mando del famoso Atila.

Vejesio, el autor á quien ya hemos citado, refiriéndose á aquella invasión se expresa de esta manera:

« Cuando Atila, armado de la cimitarra que decía haber recibido del dios Marte, ya vencedor de los escitas, de los germanos, y de los escandinavos, se decidió á invadir las Galias, todas las naciones, desde el Danubio hasta el Volga, acudieron bajo sus banderas y fueron á unirse á los francos que habían solicitado su socorro.

« Devastó la Bélgica, atravesó el Sena, y puso sitio á Orleans. Entónces fué cuando Aecio, que habia reunido á los galos, los visogodos y los alanos, avanzó con ellos para combatirle. No atreviéndose el rey de los hunos á aceptar la batalla en el interior de las Galias, volvió á pasar el Sena, y esperó á su enemigo en las llanuras de Chálons. Desgraciadamente ni Jornandez ni Cassiódoro nos dan detalles mas circunstanciados de tan memorable accion. Solo sabemos que la víspera de la batalla, Thorismundo, hijo del rey de los visogodos, se apoderó de una altura sobre el flanco del enemigo, de la que bajó para caer sobre la retaguardia de Atila en el momento en que este habia forzado y roto el centro de nuestra línea y se creia vencedor. Por ambas partes se habian dividido en tres grandes masas que marchaban de frente; durante algun tiempo se arrojaron flechas y jabalinas; pero muy pronto chocaron la infantería y la caballería, mezclándose y combatiendo por todas partes cuerpo á cuerpo. »

El resultado de esta batalla fué, como se sabe, la completa derrota de Atila; pero pudo este, á favor de la noche, emprender su retirada con sus destrozados restos, y como no fué perseguido vivamente, logró regresar á su país.

Posteriormente comienza el feudalismo, y la decadencia del arte de la guerra llega á su última expresion; la caballería, compuesta exclusivamente de la

nobleza, formó la única fuerza de los ejércitos. Los desgraciados infantes que se organizaban apresuradamente, segun lo requerian las circunstancias, con pésimas armas ofensivas y ningunas para su defensa, no iban al campo de batalla mas que para ser estropeados bajo los piés de los caballos y para ser al fin la fácil presa en que el vencedor ejercia su ferocidad y saciaba su sed de venganza.

En vano se buscaria en aquellos tiempos huellas siquiera de los órdenes de batalla de los griegos y de las hermosas épocas de Roma; todo dependia del valor ciego y de la fuerza material, y la ciencia de la guerra retrocedió hasta el punto en que se encontraba ántes de las famosas batallas de Maraton y de Platea. Así pues, cuando Guillermo, á la cabeza de cien mil normandos, bretones y aquitanios, conquistó en una sola batalla el trono de Inglaterra, la llanura de Hastings fué empapada con la sangre de los dos ejércitos que chocaron en desórden, sin regla ni formacion táctica alguna, y si los normandos triunfaron, fué debido únicamente á la muerte de Haroldo, que en la batalla habia combatido como un héroe á la par del mismo Guillermo su adversario.

Si nos referimos á las épocas de las primeras y subsecuentes cruzadas, encontramos aun la misma decadencia en los preceptos de la guerra; segun historiadores mas modernos que los que hemos citado, en aquellos piadosos capitanes solo sobresalian la abnegacion y la admirable fuerza de sus